



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9545

### PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

### REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 26 DE AGOSTO DE 1893.

### CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreto, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

## Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Hornos de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Injertadores.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Cepillos, cadenas, espiches, etc. para bocoyes.—Bombas de trasiego y otras.—Armarios especiales para botellas.—Cestas idem para idem.—Arados de vertedera fija y móvil.—Embudos automáticos.—Mobiliario para jardines.—Caretillas para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustras etc.—Básculas sin numeración.—Via estrecha para transportar frutas.—Wagonitos, plataformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.  
PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

## ECOS DE MADRID.

24 de Agosto de 1893.

Aun no han empezado a regir los nuevos presupuestos y ya aparecen en las calles y paseos, sobre todo al anochecer, hombres con trajes de muy buen uso que se acercan con cierto temor al transeúnte y murmuran casi en su oído:

—Caballero, soy un pobre cesante, una limosna por el amor de Dios!

Es posible que estos pordioseros no sean aun las verdaderas víctimas de las necesarias economías, porque hasta fin de Agosto no comenzará para ellas el verdadero ayuno; quizás los industriales de la limosna toman el aspecto de cesantes porque es la situación que más lástima inspira en estos momentos; pero no tardaremos mucho en ver a ex-empleados de la administración obligados a implorar la caridad.

La empleomanía es una enfermedad social y como todas las enfermedades causan estragos. El que ha pasado algunos años asistiendo diariamente a una oficina del gobierno y cobrando a fin de mes la paguita, cuando este modo de vivir se le acaba difícilmente encuentra otra ocupación que le produzca el sueldo necesario para atender a sus necesidades.

En las oficinas particulares se desconfía de su idoneidad, de su laboriosidad, de su amabilidad para tratar al público; porque lo más frecuente en las oficinas del Estado es que los funcionarios consideren a los interesados en los asuntos de sus dependencias como a gente menuda, indigna hasta de las consideraciones que inspira una mediana ocupación.

Por otra parte la industria y el comercio que atraviesan penosa crisis no son ramos que puedan proporcionar trabajo a los que se quedan sin él. El recurso de los salarios es ya cosa perdida. La esgrima se ha generalizado y si los que atacan lo hacen con habilidad,

se ha aumentado considerablemente el número de los que saben defenderse.

De manera que durante una temporada el capítulo de las lástimas y de las desdichas va a preocupar a las autoridades y a las personas que disfruten de relativo bienestar.

¿Disminuirán los coches de lujo en vista del impuesto con que los gravan? Difícil me parece. El lujo es muy conservador.

Los naipes van a contribuir a los gastos del Estado con 30 céntimos por baraja. El ministro se ha quedado corto: el libro de las cuarenta hojas debía pagar 40 céntimos ¿Que menos que un céntimo por hoja?

Si se ha creído que este impuesto disminuirá el número de casas de juego, me parece que se ha padecido un error. Antes por el contrario la persecución debe cesar, porque ¿como perseguir a los que contribuyen?

La pólvora también aumentará de precio: los pájaros y los conejos están de enhorabuena; no así los que suelen cazar en el vedado de los cazadores cuando estos salen a ejecutar sus cinegéticas proezas. Además se gastará menos pólvora en salvas.

Con los nuevos presupuestos van a cambiar bastante las costumbres.

El ministro de Fomento ha dado audiencia a una comisión de pintores que había recibido de sus compañeros el encargo de recordarle que no se han hecho las adquisiciones de cuadros con arreglo al programa oficial.

El Sr. Moret les ha dicho que contaba con 40.000 pesetas para la adquisición de obras premiadas, añadiendo que confiaba a los mismos pintores la misión de proponer al Gobierno las obras que este debe adquirir.

Tres meses doy a ustedes de plazo, añadió. Si en este tiempo no han entregado ustedes la propuesta, devolveré al Tesoro los ocho mil duros.

Esta resolución es una obra de arte y me recuerda la solución que dió a un conflicto de cigarreras un célebre ministro de Hacienda.

Se amotinaron, pedían lo que creían justo y necesario y corrieron en masa hasta el Ministerio gritando que querían hablar con su Excelencia.

—Que vuelvan a la fábrica—les mandó a decir el ministro por conducto del portero mayor—que combren a las tres más ancianas y que estas vengán a decirme lo que desean en la seguridad de que las complaceré.

Todavía no han vuelto. Ninguna quería ser decana. Algo parecido va a pasar con la elección de las obras que habrán de proponer los artistas para que sean compradas. De todos modos es irrisorio no destinar más que ocho mil duros para adquirir obras de arte premiadas.

Resulta que es mejor ser empleado de correos y hacer la mala obra de escamotear 20.000 pesetas en dos pliegos de valores declarados. Fue a la cárcel el ladrón; pero los días de jolgorio que disfrute nadie se los quita. ¡Pobre país!

JULIO NOMBELA.

## LA VIDA PROLONGADA por las inyecciones Sequardianas.

En el mes de Junio de 1889 presentó el Dr. Brown Sequard a la Sociedad de Biología de París una comunicación que llamó la atención de todo el mundo científico.

Trataba en ella de un descubrimiento no solo para prolongar la vida, sino también para conservar el vigor y la actividad de la juventud.

Hombres encanecidos en el estudio con un nombre respetable y respetado en el mundo científico, acogieron las nuevas ideas que llevadas a la práctica deben producir un trastorno completo en la ciencia y en la humanidad, con sonrisas de duda y aun de desprecio; pero el nombre ilustre de Brown Sequard, profesor de medicina del colegio de Francia y miembro del Instituto, sus notables trabajos de una vida consagrada al estudio y que le han colocado a la altura del gran Claudio Bernard hicieron que se le oyese con atención y cuando a la exposición de ideas sucedió la presentación del comprobante, de los que el Brown-Sequard ha sido el primero en someterse con éxito al tratamiento, convirtieron la duda en admiración y fueron muchos los que salieron convencidos de que el gran fisiólogo francés había encontrado el medio de prolongar la vida en la humanidad y curar las enfermedades que más víctimas causan en la juventud agostada en flor por letal herencia orgánica, ó imprudentes excesos.

La teoría no puede ser más sencilla;—algunos órganos como son la médula, el cerebro, testículos, glándula tiroidea, etc; contienen en el tramo de sus tejidos elementos discamogénicos que injertados en otro organismo le comunican fuerza y actividad.

En cuanto a la práctica dos celebridades médicas que se han sometido al tratamiento, dicen bien alto cuanto es su valor.

El profesor Brown-Sequard, el inventor de las inyecciones que llevan su nombre, fue el primero en experimentar sus efectos. En 1889 cuando dirigió su célebre comunicación a la Sociedad de Biología contaba 72 años; su debilidad era tal que media hora de trabajo en el laboratorio le fatigaba extraordinariamente; después de seis inyecciones se entregaba con ardor al trabajo durante tres y cuatro horas, como en los mejores tiempos de su juventud; y su fuerza muscular después de la primera inyección aumentó de 37 a 44 kilogramos.

Otro fisiólogo eminente Carlos Wogt, que cuenta 80 años, animado por su hijo, se dió inyecciones Sequardianas y el resultado ha sido idéntico, se ha visto rejuvenecido y miles de médicos que en todo el mundo experimentan los efectos de las inyecciones Sequardianas atestiguan los maravillosos resultados que con ellas se obtiene.

Se ha objetado que estas inyecciones no son más que un afrodisiaco; nada más erróneo. Su acción es general, todos los órganos experimentan los efectos de una actividad, de una nueva vida introducida en el organismo.

Hoy en medicina las palabras no tienen valor, hechos y solo hechos convencen y a nuestros lectores, por el no les bastan, los dos citados, del autor y Carlos Wogt, les daremos a conocer algunos más en plazo no lejano.

Dr. OSWALDO CODINA

### COLABORACION INEDITA.

### SABIDURIA Y NECEDAD.

Antes de dar comienzo a este artículo voy a copiar un párrafo que recuerdo

de un muy ingenioso escritor español del siglo XVI, Antonio de Guevara, a un tal Sumier, regente de Nápoles.

Dice así el párrafo:

«Preguntáisme, señor, qué cosas son las que hacen a un hombre ser cuerdo en el vivir y sabio en el hablar. A esto respondiéndome digo que son cuatro, es a saber: el leer muchos libros, y el andar por muchos reinos, el pasar muchos trabajos, y entender en grandes negocios. El hombre que no ha andado por el mundo, ni sabe qué cosa es estudio, ni ha pasado por el trabajo, ni se ha visto en algún gran negocio, el que al tal oase llamar sabio, osaría yo a él llamarle necio.»

Si esto hubiésemos de tener en cuenta al pie de la letra, ¿cuantos que se creen sabios, talentados y avisados, nos resultarían necios, según el criterio de Guevara!

Porque eso de leer libros ha pasado ya de moda, si entendemos por leer libros penetrarlos, discurrirlos, empaparse de la doctrina que encierran y sacar provecho de su lectura. De los pocos que todavía leen, solo la mínima parte lo verifican de modo que la lectura les deje algún provecho intelectual. El leer, creen muchos que consiste en saber pronunciar letras, palabras y frases, lo que se aprende en la escuela; pero el leer es algo más: es sentir, despertarse en la mente ideas nuevas, juicios apropiados a lo que se lee con los ojos, como si entre estos y el pensamiento quedase establecida una magnética relación de transfusión y asimilación; es ir componiendo mentalmente otro libro, basado en el que se lee, pero confeccionado según el criterio del lector, tomando lo que juzga bueno, corrigiendo lo que juzga malo y completando lo deficiente, ó que a él le parece deficiente; es conservar en el cerebro, cuando se acaba el libro, y como estereotipadas, en un lado las ideas nuevas que hemos aprendido, en otro las ideas propias sugeridas por las doctrinas, ó conceptos de la obra leída. Así ¡cuan pocos leen! Por eso dijo un notable escritor que es mucho más sabio el que digiere bien pocos libros que el que lee mal una gran porción de ellos. Otro ha dicho que no hay libro, por malo que sea, en que no se encuentre algo bueno, ó nuevo, que le sirva a uno de enseñanza. Y no obstante lo dicho, y mucho más que se podría decir, abunda mucho la especie de los mortales que funda su vanagloria en haber leído mucho, aunque todo lo más si conserva en el recuerdo el nombre de los autores, para citarlos a cada paso, aunque maldito si sabe que cosa digeron, en qué consistió la especialidad de cada cual, en qué erraron y en qué acertaron. Hay más todavía que se jactan de no leer libros; estos son filza pura, broza; leerlos, perder el tiempo. Y no por eso dejan de creerse sabios; cifrando el fundamento de su sabiduría en la lectura diaria y sistemática de cualquier periódico político de los que nos vienen de Madrid, grandes, cargados de noticias horripilantes y de telegramas.

De modo que, aun cuando no se cifra la sabiduría sino en leer bien muchos y selectos libros, muchísimos que por sabios pasan, caerían de su pedestal si se les exigiese el justificante de haber cumplido a conciencia con esta ley.

Aun es más difícil encontrar quien haya cumplido con el segundo requisito: «andar por muchos reinos.» Sucede generalmente, por lo menos en España, que solo los pobres estudian, no por la voluntad de saber, sino por la necesidad de arbitrar medios con que ganarse la vida, como cursar una carrera, cuanto más fácil y productiva mejor. Estos no viajan, en primer lugar, porque su situación pecuniaria no se lo permite; luego porque la carrera les está en un punto determinado en el que dedican todo su tiempo a ejercerla y ganar la

diaria subsistencia. Los que viajan (fuera de los *commis-voya-jours*, ó viajeros de comercio, que van a su negocio) son gente rica y desocupada, que lo verifica por moda, ó por lujo, que nada ha estudiado, que nada sabe, que no tiene la preparación necesaria para sacar provecho instructivo en ciencias, artes, ó costumbres, de sus viajes, aunque tuviese la voluntad. Y estos van a donde van los otros, a París, a Berlín, a Suiza, tal vez a Londres, y nos traen nota del mejor sastre, del tipo de moda en cada población, de los grandes espectáculos y del tamaño de algunas poblaciones; pero nada de las condiciones de los países por donde pasa, de sus costumbres peculiares, de sus artes, sus monumentos históricos, sus establecimientos de enseñanza, sus intimidades políticas, sus relaciones internacionales, algo que sirva de estudio y conocimiento verdadero de un país. Vuelven estos tal como se fueron: «he viajado mucho.» Y le citan a usted el nombre de las poblaciones, lo que pagaba en la fonda y lo que le costaban los carruages que le llevaban de calle en calle, como se lleva un objeto cualquiera. Y nada más dicen. Decía uno, que el que viaja para aprender no debe ir en ferrocarriles, poco en diligencia, alguna vez en mulo, y cuanto más vaya a pie mejor. Y tenía razón. ¿Qué nos podrá contar un visitador de París, que no lo sepamos todos por libros y por periódicos? En cambio hay rincón insignificante de España virgen aun en esto de haberlo visitado y haberlo estudiado. Empezar el viaje a pie ó en mala caballería, por el camino de herradura, entre montañas, para ir a visitar un lugarejo místico, donde pueden verse entre las costumbres rasgos curiosos de épocas antiguas no es *chic*, no es aristocrático, y además lo hace cualquiera, pues poco dinero se necesita. Lo *chic*, lo que no hacen sino los seres excepcionales (los ricos, entiéndase) es meterse en un reservado de primera ó irse de un tirón a París, para volver a casa luego con algo más humo y vanidad en la cabeza y tan ignorantes de lo que es el verdadero París como antes de haberlo visitado.

De todo esto resulta que los muy contados que viajarían para instruirse no pueden, y los que pueden ó viajan no quieren instruirse, por aquello de que para tener orgullo basta con tener dinero, y el saber es una carga inútil y muy pesada que no pueden resistir los seres delicados, que cifran su vanidad en que les vista un sastre célebre y los calce un zapatero de moda.

También es condición de los pobres con preferencia el pasar muchos trabajos, que es el tercer requisito para los sabios, aunque esto si está al alcance de todos, y se pasan casi siempre involuntariamente, sin buscarlo uno. Lo que pasa es que, si para ser sabios se necesita adquirir muchas cosas que son contados los que adquieren, requiérese además otra condición poco abundante: nacer con inteligencia clara y apta para sacar provecho de todos los trabajos que se pasan en la vida; pues el que nace estúpido, así pase más trabajos que los famosos de Hércules, necio ha de ser toda su vida. Tan falso es decir: «el poeta nace y no se hace,» como afirmar la misma proposición en sentido inverso: «el poeta se hace y no nace.» Si los estudios no pueden hacer de un hombre un buen poeta, cuando no posee ingenio el sentimiento de la poesía, el sentido estético necesario; tampoco llegará a ser jamás poeta recomendable un ignorante que posee en germen estas cualidades necesarias para ser un Petrusca, ó cosa así. Y esto se puede aplicar a la sabiduría. Así como el talento no puede suplir la falta de estudios, no pueden los estudios suplir la falta de talento. De ahí que,